

En Persia, como en todos los pueblos de la antigüedad, hallamos mezcladas las creencias con el simbolismo animal.

Anquetil Duperron, que tantos estudios ha hecho acerca de la civilización persa, nos proporciona curiosas noticias acerca del libro sagrado *Vendidad*.

La lucha de Ormuzd y Ahriman, el genio del bien y del mal, aparece delineada con vigor con su cortejo venatorio. Ormuzd crea los siete Amshaspands para defender y gobernar el mundo de la luz, mientras que Ahriman saca del manto de las tinieblas y de las sombras seis jefes para combatirlos.

Comienza la ruda batalla, en que las tribus son designadas, bien por el símbolo sideral, bien por el venatorio ó animal. Los peces combaten bajo las órdenes de Karmani; los pájaros obedecen á Karshishta y los cuadrúpedos á Hermelin<sup>(1)</sup>.

El símbolo animal hállase á las órdenes del genio maléfico, señal elocuente del pavor y daño causados á los primeros habitantes del Irán.

La lucha con las feroces alimañas en medio de una naturaleza abrupta y salvaje, sembrando el suelo de cadáveres, debía introducir forzosamente en la teogonía persa el elemento animal, al igual que en otras religiones.

## II

Medos y persas son una rama desgajada del robusto tronco Aryo, que tuvo su origen en la meseta del Pamir.

Uno de los fragmentos del libro sagrado ó *Vendidad* da una idea de la marcha del pueblo persa saliendo de la Bactiana y dirigiéndose hacia el mediodía.

El pueblo persa se dividió, á orillas del río Araxe, en dos ramas: una, la tribu sacerdotal, sentó sus reales junto al fuego sagrado; y la otra siguió su camino á la izquierda del mar Caspio. Estas emigraciones, esta marcha incesante, necesitaba, como elemento principalísimo, la caza. El alimento para fortalecer las fuerzas, la destrucción para roturar nuevos campos, abrirse camino, y buscar ancho y dilatado espacio.

La imaginación tiene que suplir el vacío que dejan la ausencia de crónicas y libros sobre aquellos primeros tiempos.

Más adelante, la historia y el descubrimiento de mo-

(1) Spiegel, *Avesta*, t. II, p. 3.

numentos é inscripciones han derramado copiosa y brillante luz sobre aquellas añejas civilizaciones.

Fidursi, en su *Libro de los Reyes*, cantor insigne de las antiguas tradiciones persas (940 de nuestra era), entona la siguiente significativa estrofa:

«Alabado sea el país en que nació, el hermoso Mazenderán, y reine la felicidad en sus campos y praderas, en sus jardines; donde florece eternamente la rosa; en sus collados y laderas, esmaltados por tulipanes y anémonas, donde siempre es puro el ambiente y verde la campiña. Allí resuenan siempre los cantos de los ruiséñores en el bosque, y brincan alegremente las ciervas; allí todo son colores y perfumes, y corren por el lecho de los ríos aguas de rosas vertiendo aromas en el alma. En Mayo, Marzo, Julio y Abril, florecen allí los tulipanes, que nunca se marchitan. La orilla de los ríos verdea todo el año; los halcones no se cansan de cazar; todo el país, grande é inmenso, hállase cubierto de joyas, de seda y de oro. Los sacerdotes llevan ricas coronas; los grandes visten fajas doradas.»

Esta descripción exaltada del poeta deja entrever un delicioso cuadro venatorio.

La caza fué en Persia, como en los principales pueblos de la antigüedad, casi una verdadera institución. La guerra y la caza eran la ocupación favorita de aquellos monarcas, y de ello tenemos abundantes é irrecusables testimonios.

Las cacerías de los reyes persas eran grandiosas, magníficas como todas sus principales fiestas. Estrabón dejó escrito que aquellos monarcas se jactaban casi todos de haber sido grandes cazadores, y en las ruinas de Persépolis se ha hallado un bajo relieve en que el rey estrangula á una leona con el brazo derecho.

Halagos y falsedades del artista eran éstas que prueban que los reyes persas tenían á singular honor el luchar con las fieras.

La caza era la ocupación favorita de la nobleza persa desde su niñez.

El artista que quiera, guiado por el hilo que ofrecen los más recientes descubrimientos arqueológicos, trasladar al lienzo una cacería persa, tiene que trasladarse á Persépolis, la villa santa, con sus ciudadelas, propileos y palacios, profanada por Alejandro en sus festines, en que hacían los honores las meretrices y cortesanas.

Allí se reunían las espléndidas comitivas que debían escoltar al rey en sus expediciones de caza y de guerra.

Quinto Curcio nos describe el ceremonial usado en semejantes cortejos reales.

Era añeja costumbre que en toda suerte de expedi-

ciones venatorias ó de guerra no saliera la regia comitiva sino después de amanecido. Cuando el monarca se hallaba acampado, la señal de partida salía de la tienda real, sobre la que flotaba el esplendente estandarte del Sol.

Hé aquí ahora el orden en que marchaba la comitiva persa: Primero, el fuego sagrado sobre altares de plata, al que profesaban los persas singular veneración; seguían los magos, cantando himnos á la usanza del país, acompañados de trescientos sesenta y cinco jóvenes, vestidos con trajes de color de púrpura, señalando los días del año; tras ellos venía un carro consagrado á Júpiter, arrastrado por caballos blancos, y seguido de un caballo de talla extraordinaria, al que

apellidaban *el caballo del Sol*; venían millares de soldados y nobles, montados en caballos magníficamente enjaezados, cuya descripción, si siguiéramos á la letra la narración de Quinto Curcio, sería harto prolija y cansada para



Una expedición venatoria en Persia.

nuestros lectores; y finalmente aparecía el rey, vestido con una túnica de púrpura y blanco, y cubierto con amplio y holgado ropaje sembrado de oro, en el que se veían dos buitres en actitud de lucha. Llevaba el monarca un cinturón de oro, del cual pendía la cimitarra, cubierto el puño y la vaina de profusión de hermosas, ricas y valiosas piedras; y en la cabeza el *cideris* ó diadema real, ó sea una tiara azul, ceñida con una banda de color blanco y púrpura.

Cerraban la comitiva millares de picadores, y jaurías, carros y caballos.

Diversos artificios emplearon los persas, desde los más toscos y primitivos que han usado en sus comienzos todos los pueblos, y usan aun hoy gran número de tribus salvajes y nómadas de África y Oceanía, hasta las armas de guerra, cuyos *specimens* pueden contemplar los lectores en las páginas de este libro.

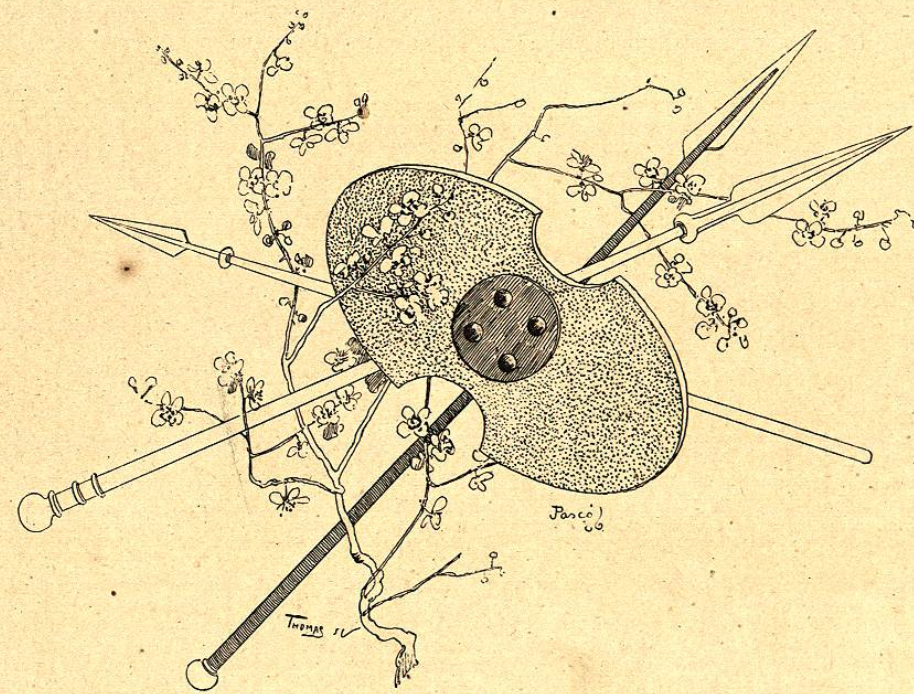
La jabalina y la flecha jugaron importante papel en la caza en los primeros siglos del imperio medo y persa.

Fidursi, en su *Libro de los Reyes*, dice que también se cazaba por medio del lazo.

Pero una de las caza favoritas persas, importada, sin duda, del Japón ó la China, fué la cetrería, que alcanzó un brillante papel en los anales venatorios.

En la caza de las aves usaban los persas del *rumoran*, al igual que los egipcios y hoy los salvajes de Australia.

Los persas, que derribaron y señorearon el imperio asirio, profesaban tal amor á la caza, que su rey Dario quiso que se inscribiese sobre su tumba el siguiente epitafio: «Quise á mis amigos, fuí excelente jinete, diestro cazador, y no tuve nada por imposible.»



Armas de caza persas

importantísimo papel numerosas jaurías de perros procedentes de la India. Después de la conquista de Babilonia, cuatro grandes caseríos próximos á la ciudad estaban obligados á alimentar una parte de esos perros.

La caza tenía, pues, según queda apuntado, un lugar importante en la educación de la juventud persa; las costumbres del país hicieron de la caza una institución nacional.

Los mancebos eran conducidos por sus maestros á la caza, congregándose, antes de alborar, al son de un instrumento metálico. La caza se realizaba con arco, jabalina y honda (1).

Semejantes instituciones cayeron, poco á poco, en desuso después que el rey Artagerges y sus cortesanos

(1) Herodoto, *H.st.*—Xenofon'e, *Cyr'pedia.*—Strabon, *Geografía*, lib. XV.

La caza era en estos pueblos un ejercicio público, en que el rey marchaba á la cabeza de sus tropas de igual manera que si fuese á una expedición militar. Estas grandes cacerías duraban muchos días, celebrándose espléndidas fiestas.

Los reyes persas poseían vastos parques, verdaderos paraísos venatorios repletos de alimañas salvajes, donde cazaban casi todos los días, acompañados de sus eunucos y favoritos.

Los persas habían tomado de los medas la costumbre de cazar á caballo. En las caza reales jugaban

se entregaron á los excesos del vino; los persas renunciaron á la caza, y si alguno, para ejercitar sus fuerzas y vencer la fatiga, continuó cazando con sus caballeros, provocó el odio de sus iguales, celosos de las ventajas que sobre ellos adquiría (1).

### III

El Asia conserva por doquier huellas de su pasado. Las añejas fiestas cinegéticas de cetrería han sido conservadas en las costumbres de los actuales persas, y nuestros lectores pueden saborear la descripción de una de estas cacerías en las siguientes páginas, escritas por un testigo presencial, Emilio Duhousset.

(1) Strabon, *Ibid.*

«Tenía el encargo de desempeñar una misión en los últimos límites del Kurdistán, y acabada mi tarea me disponía á regresar á Teherán, cuando, la víspera de la partida, un señor de elevada alcurnia del país, que tenía propósito de ir á rendir homenaje al *Schah* de Persia, su soberano, me propuso hacer juntos las primeras jornadas del camino. Como debíamos seguir la misma dirección durante cinco días, acepté presuroso tal oferta, pues deseaba estudiar íntimamente las costumbres y hábitos del país.

Mi compañero era *khan*, jefe de numerosas villas, y se hallaba afanoso de mostrar, en su visita á la corte,

todo el aparato y riqueza de su casa, con mayor motivo cuando era algo *schahzadé*, ó sea de estirpe real. Más adelante, supe que pertenecía á uno de los trescientos descendientes directos del difunto Jeth-Alí-Schah, abuelo del actual monarca de Persia.

El séquito del noble persa se componía: de su secretario, suerte de mayordomo ó aposentador; de los palafreneros, que llevaban de la mano multitud de caballos con ricos jaeces, sillas y gualdrapas; cerrando la comitiva los criados y un personal numeroso de parásitos nómadas, dispuestos todos á la primera señal á tender en el suelo los tapices, llenar de aguas las



Caza acuática en Persia

pipas (*caleans*), hacer el café y el the y levantar la tienda de su dueño á orillas de algún riachuelo sombreado de árboles.

Mi compañero era gran cazador y vivía retirado en un país agreste, y formaban siempre parte de su séquito las jaurías y los halcones. Cuando noté tal aparato cinegético no pude menos de augurar algunas peripecias venatorias durante el camino.

Partimos temprano, y un poco antes de montar á caballo fui obsequiado con los dulces, la taza de the, y el *calean* de rigor al comenzar el día. Era muy grato para mí no tener que ocuparme de los molestos detalles del aprovisionamiento y descanso durante un largo y pesado camino.

Tras los cumplidos naturales, la primera hora de ca-

mino la empleó mi compañero alabando sus caballos, según él por ninguno superados en rapidez y ligereza. Mi interlocutor suponía que sus corceles pertenecían á una raza única en todo el Irán, pero que, por temor á verse forzado á regalarlos á su soberano, había dejado los mejores ejemplares en su casa.

Tocó el turno después á sus lebreles y halcones, que dijo esperaba hallar ocasión propicia para hacerme apreciar todo su valor y maestría.

Contentéme,—añade Duhousset,—con aprobar todo lo que decía mi compañero, sin hacer objeciones, esperando con impaciencia que los incidentes del camino me proporcionarían ocasión de apreciar el valor del tren de caza del noble persa.

Al cabo de un breve rato, uno de los criados, que